

el odio de los demás caciques, particularmente del feroz Caonabo y de su cuñado Behechio quienes invadieron su territorio y le hicieron muchas injurias, Behechio mató á una de sus mujeres, y Caonabo se llevó á otra cautiva. Pero nada pudo entibiar la fé de Guacanagarí para con los españoles; y como sus dominios estaban inmediatos á la colonia, y los de algunos de los otros caciques lejos de ella, la falta de su cooperaci6n fue una constante rémora á los desig-nios de los confederados.

Tal era la posici6n crítica á que estaban reducidos los negocios de la colonia, tales los gérmenes y hostilidad que se sembraron entre los dóciles isleños durante la ausencia de Colon, solo por haber violado las órdenes de este. Margarite y el padre Boil se habian apresurado á llegar á España, para hacer una falsa pintura de la miseria de la isla. Si hubieran permanecido fielmente en sus puestos, y cumplido con el debido celo sus deberes, se habrian fácilmente remediado aquellas miserias, ó quizá prevenidose del todo.

CAPITULO IV.

MEDIDAS DE COLON PARA RESTABLECER LA TRANQUILIDAD EN LA ISLA. — EXPEDICION DE OJEDA CON EL DISEÑO DE SORPRENDER Á CAONABO.

(1494.)

INMEDIATAMENTE despues de la vuelta de Colon á Cuba, mientras se hallaba aun indispuerto y en cama, recibió una visita voluntaria de Guacanagarí. Aquel bondadoso caudillo manifestó mucho sentimiento por su enfermedad; conservándose siempre, al parecer, muy afectuoso y reverente con el Almirante. Habló de nuevo con lágrimas en los ojos del asesinato de la Navidad, y se empeñó mucho en manifestar sus esfuerzos para librar á los españoles. Informó á Colon de la liga secreta en que se habian unido los caciques, de la persecuci6n que él habia sufrido por oponerse á ella, de la muerte de una de sus mujeres, y del rapto de la otra. Aconsejó al Almirante que estuviese siempre alerta contra las maquinaciones de Caonabo, y ofreció salir con sus súbditos al campo y pelear al lado de los españoles, no solo para cumplir con los deberes que le imponia la amistad, sino que tambien para vengar sus propios ultrajes.

Colon conservaba siempre una gratitud profunda por la antigua bondad de Guacanagarí, y le repugnaba dudar de su fé y de su amistad; por lo que se llenó de regocijo viendo todas las sospechas tan eficazmente desvanecidas. Se renovó, pues, entre los dos el amistoso trato de otro tiempo, con esta diferencia, que el hombre á quien Guacanagarí habia socorrido como náufrago en sus costas, se hallaba convertido súbitamente en árbitro de su suerte y de la de todos sus compatriotas.

El modo con que aquella pacífica isla se habia exasperado á consecuencia de la conducta licenciosa de los europeos, impresionó profundamente á Colon, quien vió frustrados todos sus planes para proporcionar á los monarcas una renta pronta y permanente. El restablecimiento de la paz en la isla reclamaba mucha habilidad y vigor. Sus fuerzas eran cortas, y la veneracion y temor con que los naturales habian mirado á sus gentes, como bajadas del cielo, se habian debilitado considerablemente. Estaba demasiado enfermo para tomar personalmente parte en ninguna empresa militar: su hermano Diego no era de carácter belicoso, y Bartolomé no conocido aun entre los españoles era mirado con rivalidad por los gefes. Colon consideraba aun en embri6n la combinaci6n de los caciques; confiaba en su falta de habilidad y experiencia en la guerra, y esperaba que por medio de prontas medidas, castigando á unos, reconciliándose

con otros, y asociando la fuerza á la suavidad y la estrategia, conseguiria conjurar la tormenta.

Fue su primera disposici6n reforzar la guarnici6n del fuerte de la Magdalena, cuya destrucci6n intentaba Guatiguana, el cacique del Gran Rio, asesino de los españoles albergados en su ciudad. Socorrido el fuerte, salieron las tropas por los territorios de Guatiguana, matando muchos de sus guerreros, y llevándose otros cautivos, pudiendo solamente escaparse el cacique. Era tributario de Guarionex, soberano de la Vega-Real, cuya amistad era importantísima para la prosperidad de la colonia, pues reinaba en un dilatado y populoso territorio, al paso que debia temerse su aversi6n á consecuencia de la desenfrenada conducta de los españoles que habian vejado sus dominios. Colon le hizo comparecer á su presencia, y le manifestó que los excesos de que tan justamente se quejaba, se habian cometido en violaci6n de sus órdenes y contra sus buenas intenciones respecto á los indios, á quienes deseaba agrandar y complacer. Le manifestó tambien que la expedici6n contra Guatiguana debia tomarla como un acto de un mero castigo individual, y no dirigido contra los territorios de Guarionex. El cacique era de buena condici6n y apacible carácter, y su rencor se aplacaba fácilmente. Para relacionarlo en cierto modo con los españoles, le pidió Colon que diese su hija en matrimonio á un intérprete indio, natural de las islas Lucayas; que habia estado en España, y recibido en Barcelona el agua del bautismo tomando el nombre de Diego Colon (1). Tomó otra medida mas trascendental todavía para librarse de las hostilidades del cacique, y tranquilizar la importante region de la Vega, mandando erigir una fortaleza en medio de sus territorios, á que le puso fuerte de la Concepci6n. Este dócil cacique consintió sin repugnancia esta medida en que iba envuelta su ruina y la futura esclavitud de todos los suyos.

Pero faltaba inutilizar al mas formidable enemigo, á Caonabo, el genio marcial de la isla, el activo y audaz enemigo de los blancos, que con ideas superiores de política era muy capaz de urdir peligrosas cábalas y conspiraciones. Sus territorios que ocupaban la parte central y montañosa de la isla, eran de difícil acceso fragosos por las encumbradas rocas, espesas selvas y frecuentes y caudalosos rios. Combatir á aquel astuto y feroz caudillo en medio de sus salvajes y en el mismo corazon del país, donde á cada paso habria peligro de caer en una celada, era obra muy larga, muy peligrosa y de muy incierto éxito. Se hallaba Colon abrumado bajo el peso de estos pensamientos, cuando le sacó de su perplejidad una osada proposici6n de Alonso de Ojeda, que se ofreció á apoderarse por medio de un ardid del gefe caribe, y entregárselo vivo en sus manos. El proyecto era tan audaz como novelesco, propio solamente del impávido corazon de Ojeda, que se complacia en distinguirse por medio de las mas extraordinarias proezas y hechos de un valor desesperado.

Escogió diez valientes y fuertes compañeros, bien armados y montados, é invocando como de costumbre la proteccion de su patrona la Virgen, que era su constante salvaguardia, se lanzó Ojeda á los bosques, abriéndose por entre los bejucales mas de sesenta leguas de camino que tuvo que andar para llegar al territorio de Caonabo, donde halló al cacique en una de sus mas populosas ciudades. Se acercó Ojeda á Caonabo con mucha deferencia y respeto, tratándolo como á príncipe soberano. Le dijo que venia en amistosa embajada de parte del Almirante, que era Guami-

(1) Pedro Mártir, d. i. l. iv. Gio Battista Sportono, en su memoria de Colon, ha cometido un error en que le hizo incurrir el nombre de este indio, al observar que tenia Colon un hermano llamado Diego, de quien parecia avergonzarse, y al que caso con la hija de un gefe indio.

quina, ó gefe de los españoles, quien le enviaba un regalo de incomparable valor.

Caonabo habia visto á Ojeda en los combates, y testigo de sus proezas, habia concebido hácia él la admiraci6n de un guerrero. Le recibió con cierta especie de caballerosa cortesía, si tal frase puede aplicarse á la salvaje y ruda hospitalidad de un héroe de las selvas. El franco continente, la mucha fuerza personal, la admirable destreza y agilidad de Ojeda en todos los ejercicios varoniles y en el manejo de todas las armas, eran cualidades propias para cautivar el ánimo de un salvaje, y pronto le grangearon las simpatías de Caonabo.

Ojeda empleó todo su influjo para persuadir al cacique á hacer un viaje á Isabela, con objeto de tratar con Colon, y hacerse aliado y amigo de los españoles. Se dice que le ofreció para atraerla la campana de la capilla de Isabela, que era la admiraci6n de la isla. Cuando oian los indios esparcirse su melodía por las selvas y bosques para tocar á misa y veian á los españoles dirigirse á la capilla, se figuraban que la campana hablaba y que la obedecian los blancos. Con el mismo sentimiento supersticioso con que miraban todos los objetos de los españoles, creian que era cosa sobrenatural la campana, y decian de ella en su frase acostumbrada, *turey* ó venida del cielo. Caonabo que habia oido desde lejos aquel maravilloso instrumento durante sus descubiertas secretas al rededor de la ciudad, deseaba verlo; y al ofrecérsele como símbolo de paz, no pudo resistir la tentaci6n.

Convino pues el cacique en ir á Isabela; mas cuando llegó el momento perentorio de la partida, vió Ojeda con sorpresa una multitud de guerreros dispuestos á marchar con él. Preguntó por qué motivo se llevaba tan grande ejército para una amistosa visita; á lo que contestó el altanero cacique, que no era propio de un príncipe tan grande como él ir á parte alguna con escasa comitiva. No satisfizo á Ojeda esta réplica, conocia el carácter bélico de Caonabo, y su astucia, alma de la guerra india; temia por lo tanto algun designio siniestro, y que el caudillo meditase sorprender la fortaleza de Isabela, ó cometer algun atentado contra la persona del Almirante. Sabia tambien que Colon deseaba hacer la paz con el cacique, ó apoderarse de su persona sin recurrir á una guerra abierta. Se valió pues de una estratagema, que tiene apariencia de fábula y novela, pero que con triviales variaciones la recuerdan todos los historiadores contemporáneos, asegurando Las-Casas que circulaba con absoluto crédito en la isla cuando él llegó á ella, unos seis años despues del suceso. Tambien concuerda con el osado y raro carácter del hombre á quien se atribuye, y con las singulares hazañas de la guerra india.

En el discurso de la marcha, habiendo hecho alto cerca del rio Jegua, sacando Ojeda un juego de espesas de acero tan perfectamente bruñidas que parecian de plata, dijo á Caonabo, que eran ornamentos régios que habian venido del cielo, ó del *turey* de Vizcaya; que las llevaban los monarcas de Castilla para los bailes solemnes y otras grandes ceremonias, y estaban destinadas para regalárselas al cacique. Propuso que se fuese Caonabo á bañar con él al rio, para decorarle en seguida con aquellos adornos, montar en el caballo de Ojeda, y volver con la pompa del rey de España á sorprender y admirar á sus súbditos. El cacique, que á fuer de salvaje, se entusiasmaba delante de los adornos relumbrantes, quedó embelesado al ver aquellos y á mas halagado su orgulloso espíritu militar con la idea de cabalgar en uno de aquellos tremendos animales que sus compatriotas respetaban tanto. Acompañó á Ojeda y su gente al rio, llevando pocos indios consigo, pues nada podia temer de nueve ó diez extranjeros rodeados de todo su ejército. Despues que se hubo bañado, le ayudaron á subir

detras de Ojeda á las ancas de su caballo, y le pusieron las esposas. Despues de esta operaci6n, salieron galopando por entre los salvajes, que vieron admirados con tan resplandecientes galas al cacique, y montado en uno de aquellos temibles animales. Ojeda dió varias vueltas por el campo para ganar terreno, seguido por su pequeña banda de caballeros, de quienes se separaban precipitadamente los amedrentados indios. Al fin llegó á penetrar por la floresta en uno de los llanos, y cuando le ocultaban bien los árboles, se agruparon al rededor suyo sus compañeros, desnudaron las espadas, y amenazaron á Caonabo con la muerte si hacia la menor resistencia ó el menor ruido, aunque las esposas le impedian moverse ó resistir. Le asieron del mismo Ojeda con cuerdas para que no se cayese, ó pudiese evadirse de cualquier otro modo; y aguijando á los caballos, se lanzaron al Jegua con su presa, y se internaron en los bosques.

Tenian que atravesar para llegar á Isabela cincuenta ó sesenta leguas de desiertos, y algunas ciudades indias. Ya estaba el prisionero imposibilitado por la distancia de recibir socorro de los suyos, pero se requería la mayor vigilancia para que no pudiera evadirse en aquel largo y trabajoso viaje, y para evitar la hostilidad de los caciques confederados. Tenian que huir de los lugares mas populosos, y que pasar á galope tendido por las ciudades. Sufrieron mucha fatiga, hambre y sueño, allanaron grandes dificultades, arrojaron inminentes peligros, atravesaron á nado numerosos rios, lucharon con los obstáculos de espesas selvas y encumbradas rocas, pero llevaron felizmente á cabo su empresa, y entró Ojeda triunfante en la colonia con el guerrero indio cautivo y atado al rededor de su cuerpo.

No pudo menos Colon de expresar grande satisfacci6n al ver en sus manos á tan peligroso enemigo. El caribe se presentó á él con orgullo rehusando atraerse con la sumisi6n su agrado, y detener la venganza que le amenazaba por haber derramado la sangre de los blancos. Jamas se dobó en el cautiverio su alma de hierro; aunque completamente á la merced de los españoles, manifestó siempre aquella sangre fria provocativa que caracteriza el heroismo indio, y que lo mantiene el salvaje delante de sus opresores acostado en un potro ó en un lecho de fuego. Blasonaba de haber sorprendido y quemado el fuerte de la Navidad, y dado á su guarnici6n la muerte; añadiendo que su reconocimiento alrededor de Isabela tenia por objeto descargar sobre ella la misma furia desoladora.

Colon, aunque sorprendido del heroismo de aquel guerrero indomable, le consideró enemigo peligroso, á quien por el bien de la isla era necesario poner en buen recaudo. Determinó enviarlo á España y mandó que se le tratase con bondad y respeto en un cuarto de su misma casa, donde le tenia, sin embargo, encadenado, probablemente con las bruñidas esposas que habian servido de cimbel para hacerle caer en el lazo. Esta precauci6n debió haber sido necesaria por la poca seguridad de la cárcel; pues observa Las-Casas, que por no ser espaciosa ni tener muchas habitaciones la casa del Almirante se veia desde el portal al cautivo gefe.

Caonabo se mantuvo siempre altivo delante de Colon, al paso que no manifestó nunca el menor rencor á Ojeda por la estratagema de que se valió para prenderle. Esta misma circunstancia aumentaba su admiraci6n, calificando de ingeniosa hazaña la de haberle encadenado y arrancado de en medio de sus huestes. Nada admira mas á un indio en la guerra, que una estratagema bien urdida y bien ejecutada.

Acostumbraba Colon conducirse con mucha dignidad como Virey y Almirante que era, y exigía mucho respeto personal. Cuando entraba en la sala que estaba Caonabo aprisionado, se levantaban, como es

de costumbre, todos los circunstantes en señal de reverencia. Solo el cacique quedaba inmóvil. Pero cuando entraba Ojeda, aunque pequeño de cuerpo y sin pompa exterior, se levantaba inmediatamente Caonabo, y le saludaba con una profunda reverencia. Habiéndole preguntado la razón de esto, y dándole que era Colon Guamiquina ó grande jefe de todos, y Ojeda uno de sus subalternos, respondió el orgulloso caribe, que jamás había osado el Almirante sacarlo personalmente de su casa; que solo por el valor de Ojeda era prisionero por lo que á este y no al Almirante debía acatar humildemente.

La captura de Caonabo fue muy sentida por sus súbditos; pues eran aquellos isleños sumamente leales y muy adictos á sus caciques. Uno de los hermanos de Caonabo, guerrero animoso y astuto, y muy querido de los indios, levantó un ejército de más de siete mil hombres, y los llevó secretamente á las cercanías de Santo Tomás, donde mandaba de nuevo Ojeda. Era su intención sorprender algunos españoles, esperando por este medio cangear á su hermano. Ojeda tuvo, como solía, noticia de su designio; pero no creyó oportuno encerrarse de nuevo en la fortaleza. Habiendo recibido un refuerzo del Adelantado, dejó suficientes tropas para guarnecer el fuerte, y con el resto de su escasa caballería salió osadamente al encuentro de los salvajes. El hermano de Caonabo cuando vio acercarse á los españoles, mostró alguna pericia militar dividiendo su ejército en cinco columnas. Pero el impetuoso ataque de Ojeda, que según su costumbre se arrojó furiosamente á la vanguardia con su puñado de caballos, llenó á los indios de repentino y pánico terror. No pudieron contrarrestar la terrible aparición de aquellos seres cubiertos de deslumbrante acero, que blandían flamíferas y ruidosas armas, cabalgando en animales, ó más bien monstruos tan dóciles y al mismo tiempo tan fieros. Arrojaron las flechas, y se pusieron ellos mismos en derrota; muchos perecieron en la fuga, y los más fueron hechos prisioneros, contándose entre estos el hermano de Caonabo, que peleó como un bravo en una noble aunque desesperada causa.

CAPITULO V.

LLEGADA DE ANTONIO DE TORRES CON CUATRO BUQUES DE ESPAÑA.—SU VUELTA CON ESCAVOS INDIOS.

(1494.)

La colonia padecía aun mucho por falta de provisiones, los comestibles europeos estaban ya casi todos consumidos; y era tal la pereza y apatía de los colonos, tal la confusión que había nacido de la hostilidad de los indios, tal su exclusivo deseo de acumular metales preciosos, que habían abandonado la verdadera riqueza de la isla que consistía en la feracidad de su suelo, y vivían en constante peligro de perecer de hambre en medio de la fertilidad. Al fin la llegada de cuatro buques mandados por Antonio de Torres puso término á sus padecimientos. Venían llenos de provisiones, y su llegada produjo una alegría general. También llegaron un médico y un boticario, que hacían mucha falta en la colonia; artesanos, molineros, pescadores, hortelanos y labradores, la verdadera población que necesita una colonia, la única que saca de ella sus mejores recursos, produciendo aquel cambio de útiles trabajos por los objetos necesarios de la vida, que hace á la comunidad venturosa é independiente.

Las cartas de los soberanos que traía Torres (de fecha de 16 de agosto de 1494), eran sumamente satisfactorias para el Almirante, cuyos favorables informes habían recibido los monarcas, confesando que en el discurso de sus descubrimientos todo había correspondido á sus predicciones. Manifestaban mucho interés por los negocios de la colonia, con deseos

de recibir frecuentes noticias de su situación, proponiendo al efecto que todos los meses saliese un buque de Isabela para España. Le daban noticia de que acababan de arreglarse amistosamente todas las diferencias con Portugal, explicándole el acuerdo convencional relativo á la línea geográfica que había de separar las posesiones recién descubiertas, y pidiéndole que respetase el convenio en sus descubrimientos sucesivos. Como al concluir el tratado con Portugal, y al tirar la propuesta línea, era importante valerse de los más entendidos consejeros, le pedían los soberanos que volviese á España para presenciar aquel acto; ó en caso de no parecerle esto conveniente, que enviase á su hermano Bartolomé, ó á otra persona del todo competente, suministrándole los mapas, cartas y diseños que pudiesen ser útiles en la negociación.

Había otra carta dirigida á los habitantes de la colonia, y en general á todos los que hiciesen viajes de descubrimientos, mandándoles que obedeciesen á Colon como á los mismos soberanos, so pena de su alta reprobación, y de diez mil maravellises de multa por cada ofensa.

Tal era la confianza que merecía entonces Colon á los soberanos. Desgraciadamente se la enagaron muy pronto insidiosos informes de hombres perversos. Tenía el Almirante conocimiento de las quejas y falsas acusaciones que habían salido de la colonia para España, y que iban á tomar consistencia con la llegada á la corte de Margarite y el Padre Boil. Sabía que no podía contar con más defensores que con los pocos que encuentra el extranjero al servicio de una nación extraña, donde no tiene amigos ni parientes, y donde hasta sus mismos méritos aumentan el encono, la envidia y deseo de derribarlo. Sus esfuerzos para explotar las minas, y los recursos de la isla, habían sido frustrados por la mala conducta de Margarite y la desordenada vida de los españoles en general; y temía, con razón, que los mismos males que ellos causaron, se alegasen contra él, citando la falta de ganancias para desacreditar sus expediciones.

Deseando contrapesar todas las calumnias, aceleró Colon el regreso de los buques á España y quería embarcarse en ellos, no solo para satisfacer los deseos de los soberanos y hallarse presente al tirar la línea geográfica, sino que también para vindicarse de las censuras de sus enemigos. Pero la enfermedad que le tenía postrado en cama se opuso á su partida; y su hermano Bartolomé era del todo necesario para ayudarle con su sana razón y ánimo resuelto á regularizar los desordenados negocios de la isla. Resolvió por lo tanto enviar á España á D. Diego, para que atendiese á los deseos de los soberanos, y cuidase de sus intereses en la corte. Al mismo tiempo hizo los mayores esfuerzos para mandar por los buques satisfactorias pruebas del valor de los descubrimientos. Envío en ellos todo el oro que pudo recoger, con varias muestras de otros metales, frutos y plantas que se habían encontrado en Española y en otras islas, siendo tan vehemente su deseo de producir inmediata ganancia é indemnizar á los soberanos de los gastos que había hecho el real tesoro, que envió también más de quinientos prisioneros indios, para que se vendiesen como esclavos en Sevilla.

Sensible es que empañase Colon su brillante nombre con acción tan fea; es triste ver la clara gloria de sus empresas oscurecida con violación tan fragante de los derechos de la humanidad. Las costumbres de aquellos tiempos son su única excusa. Los españoles y los portugueses habían sentado desde muy há tiempo este precedente funesto en sus descubrimientos africanos, siendo el tráfico de esclavos una de las más ricas fuentes de sus ganancias. En efecto, la más alta autoridad sancionaba esta práctica, la autoridad

de la Iglesia misma, pues los más doctos teólogos aseveraron que todas las naciones bárbaras é infieles, que cierran sus oídos á las verdades de la cristiandad, son objetos de guerra y de rapiña, de cautiverio y de esclavitud. Si hubiese Colon necesitado ejemplos y demostraciones prácticas de esta doctrina, en la conducta de Fernando mismo las hubiera hallado, quien en las últimas guerras contra los moros de Granada estaba siempre rodeado de una nube de consejeros espirituales, y pretendía obrar solo por la gloria y progresos de la fé. En aquella guerra santa, como solían llamarla, era práctica comun hacer entradas por tierra de moros, y llevarse *cavalgadas* no solo de ganados, sino de hombres; y no precisamente de los que se habían hecho prisioneros con las armas en la mano, sino de pacíficos labradores, industriosos aldeanos, inocentes niños y desvalidas mugeres, quienes iban al mercado de Sevilla, ó de otra ciudad grande, y se vendían como esclavos. Suministró un ejemplo memorable de tales procedimientos la toma de Málaga, después de la cual por castigo de una obstinada defensa, que debiera haber causado admiración en vez de venganza, once mil personas de ambos sexos, y de todas condiciones y edades, muchas de ellas de la más fina educación, se vieron repentinamente arrancadas de sus hogares, separadas unas de otras, y sujetas á esclavitud, aun después de haber ya pagado la mitad de su rescate. Estas circunstancias no se recuerdan para vindicar, sino para explicar la conducta de Colon. Obraba en conformidad con las costumbres de su tiempo, y sancionaba sus disposiciones el ejemplo del soberano á quien servía. Las Casas, celoso y entusiasta abogado de los indios, que aprovecha todas las ocasiones para clamar vehementemente contra su esclavitud, habla de Colon sobre este punto con la mayor indulgencia. Si aquellos hombres doctos y piadosos, dice, á quienes tomaron los reyes por guías é instructores, ignoraban la injusticia de esta práctica, ¿qué mucho que el Almirante las ignorase también?

CAPITULO VI.

EXPEDICION DE COLON CONTRA LOS INDIOS DE LA VEGA.—

BATALLA.

(1494.)

A pesar de su derrota los indios, conservaban aun intenciones hostiles hacia los españoles. La idea de que su cacique estaba prisionero y encadenado irritaba á los naturales de Magana, y la simpatía de todas las otras tribus de la isla mostraba con cuántas ramificaciones había aquel inteligente salvaje extendido su influencia, y con qué veneración se miraban los isleños. Aun le quedaban activos y poderosos parientes para procurar su rescate, ó vengar su muerte. Uno de sus hermanos llamado Manicootex, también caribe, y tan osado y belicoso como él mismo, sucedió en el mando al prisionero. Su muger favorita, Anacoona, de célebre hermosura, tenía grande influjo con su hermano Behechio, cacique de las populosas provincias de Jaragua. Por estos medios se generalizó en la isla la hostilidad contra los españoles; y la formidable liga de los caciques, que Caonabo había en vano querido formar mientras estaba libre, se efectuó á consecuencia de su cautiverio. Guacanagari, el cacique de Marien, fue el único amigo que quedó á los españoles, dándoles oportunos informes de la tormenta que iba á estallar, y ofreciéndoles como fiel aliado, salir al campo con ellos.

La prolongada enfermedad de Colon, la escasez de su fuerza militar, y el miserable estado de los colonos, reducidos por la hambre y las enfermedades á mucha debilidad física, le habían hasta entonces obligado á valerse exclusivamente de medios conciliatorios para impedir y disolver la liga. Pero ya había

recobrado la salud, y su gente se hallaba algo repuesta y vigorizada con las provisiones venidas en los buques. Al mismo tiempo recibió noticia de que los caciques aliados estaban aglomerando considerables fuerzas en la Vega, á dos días de mar. La intención de dar un asalto general á la colonia, y hacerla sucumbir á fuerza de gente. Colon resolvió salir al campo, y llevar de una vez la guerra á los territorios enemigos, antes que recibiera en sus propios dominios.

La fuerza efectiva que pudo juntar, en el mal estado de la colonia, no excedía de doscientos infantes y veinte caballos. Iban las tropas armadas de flechas, espadas, lanzas y espingardas, ó grandes arcabuces, que se usaban entonces con descansos de hierro, y hasta solían montarse sobre ruedas como los cañones. Con estas formidables armas, un puñado de europeos vestidos de acero, y protegidos por sus escudos, podía pelear ventajosamente con millares de salvajes desnudos. Llevaban también ayuda de otra especie, que consistía en veinte perros de presa, animales casi tan asombrosos para los indios como los caballos, pero infinitamente más fatales, porque impávidos y feroces, nada les amedrentaba, ni cuando llegaban á hacer presa bastaba fuerza alguna para hacerlos soltar. Los cuerpos desnudos de los indios no ofrecían defensa contra sus ataques. Se lanzaban á ellos, los arrojaban al suelo y los despedazaban.

Iba el Almirante acompañado en la expedición de su hermano Bartolomé, cuyo consejo solicitaba en todas las ocasiones críticas, pues estaba dotado no solo de extraordinaria fuerza física y valor indomable; sino que también de un ánimo decididamente militar. Guacanagari también llevó al campo sus gentes, aunque no eran de carácter guerrero, ni aptos para prestar mucha ayuda. La principal ventaja de su cooperación consistía en que por ella se separaba del todo de los demás caciques, y aseguraba para siempre su fidelidad y la de sus súbditos. En el débil estado de la colonia dependía su seguridad principalmente de los celos y disensiones sembradas entre los soberanos indígenas de la isla.

El 27 de marzo de 1495 salió Colon de Isabela con su pequeño ejército, aproximándose al enemigo, sus marchas eran de diez leguas diarias. Subieron de nuevo al paso de los Hidalgos, desde donde la vez primera habían descubierto la Vega. ¡Con cuántos diversos sentimientos la contemplaban entonces! Las viles pasiones de los blancos habían convertido ya aquella risueña y hospitalaria región en tierra de rencores y hostilidades. Donde quiera que se levantaba el humo de una población india, había una horda de exasperados enemigos; y en aquellas extendidas y ricas selvas se ocultaban mirriadas de ofendidos guerreros. En la pintura que su fantasía bosquejaba de la condición suave y dulce de aquella gente, se había lisonjeado con la idea de gobernarlos como padre y bienhechor; pero se vio al fin forzado á revestirse del carácter de conquistador.

Supieron los indios por sus espías el movimiento de los españoles; y aunque tenían ya alguna ligera experiencia de su modo de guerrear, les llenaba de confianza la superioridad inmensa de su número, que se dice ascendía á cien mil hombres. Esta es probablemente una exageración; porque como los indios nunca se forman en el campo en orden de batalla, sino que espían por entre los árboles de las selvas, es muy difícil averiguar su fuerza. También la rapidez de sus movimientos y continuas salidas y retiradas por varias partes, junto con los alaridos y gritos que despiden, podrían hacer formar equivocada idea de su número. El ejército, sin embargo, debía ser muy considerable, pues se componía de la fuerza combinada de casi todos los caciques de aquella populosa isla. Mandaba en jefe Manicootex, hermano de Cao-

nabo. Los indios, poco hábiles en la numeración, y que no sabían contar más que hasta diez, tenían un sencillo modo de averiguar y describir la fuerza de un enemigo, contando un grano de maíz por cada guerrero. Cuando los espías que habían seguido la pista á Colon desde las rocas y las espesuras, volvieron á los reales indios con un solo puñadillo de maíz, representando la suma total del ejército enemigo, se mofaron los caciques de la presunción de los blancos, que creían con tan reducido número poder resistir los esfuerzos de una multitud innumerable.

Colon se acercó al enemigo por las inmediaciones del sitio donde se edificó después la ciudad de Santiago. Habiendo averiguado la mucha fuerza de los indios, aconsejó D. Bartolomé que se dividiese en destacamento el pequeño ejército, y que se atacase á un mismo tiempo por varios puntos. Adoptóse este plan; la infantería dividida en varias columnas avanzó repentinamente y en diversas direcciones con mucho estruendo de tambores y trompetas, y una destructiva descarga de armas de fuego, cobijándose al mismo tiempo con los árboles. Sobrecogió á los indios un terror pánico, y se dispersaron como avispas en el aire. Parecía acometerles un ejército por cada flanco; las balas de los arcabuces hacían morder la tierra á muchos guerreros, y relampagueaban, al parecer, por las selvas los rayos del cielo, retumbando en ellas espantosos truenos. Mientras los aterraban y ponían en fuga estos ataques, Alonso de Ojeda cargó impetuosamente el centro del ejército á la cabeza de su caballería, penetrando con lanza y sable por entre los indios. Los caballos atropellaban á los desnudos y amedrentados combatientes, en tanto que los caballeros herían por todos lados sin oposición. Los perros de presa se soltaron, y precipitándose sobre los salvajes con sanguinaria furia, les asían de la garganta, los derribaban, los arrastraban, y les hacían pedazos. Los indios, no acostumbrados á grandes cuadrúpedos de ninguna especie, se horrorizaban al verse perseguidos por aquellos tan feroces. Creían que los caballos eran también devoradores y sanguinarios. La contienda, si tal puede llamarse, fue de corta duración. ¿Qué resistencia podía oponer una multitud desnuda, tímida, exenta de disciplina, sin más armas que clavos, flechas y dardos de madera, á soldados cubiertos de acero, provistos de armas de hierro y fuego, y ayudados por monstruos feroces, cuya sola presencia cubría de terror el corazón de los más fuertes?

Los indios se dispersaron con lamentos y alaridos. Algunos trepaban á las cimas de rocas y precipicios, y desde allí exhalaban lastimeros ayes, y hacían humildes súplicas y ofrecimientos de absoluta sumisión, muchos fueron muertos, otros hechos prisioneros, y la confederación quedó por entonces completamente disuelta.

Guacanagarí había acompañado á los españoles al campo, según su promesa; pero apenas fue más que espectador de esta batalla ó mas bien derrota. El y su gente se estremecieron al ver aquel helicoso alarde, aun cuando procedía de sus aliados. Su participación en la hostilidad de los blancos no la olvidaron ni perdonaron jamás los otros caciques, y volvió á sus dominios acompañado del odio y execración de toda la isla,

CAPITULO VII.

SUBYUGACION DE LOS NATURALES.—IMPUSION DEL TRIBUTO.

(1494.)

Colon victorioso, ejecutó un paseo militar por varias partes de la isla, para reducirla á obediencia. En vano le oponían los naturales una resistencia obstinada. La caballería que mandaba Ojeda, prestó gran-

des servicios por la rapidez de sus movimientos, la intrepidez de su jefe, y el mucho terror que los caballos inspiraban. No había para Ojeda empresa demasiado arriesgada ni penosa. Al más leve síntoma, á la menor señal de guerra en cualquier punto de la isla se internaba con su pequeño escuadrón por la espesura de las selvas, y caía como un rayo sobre el enemigo, desconcertando todas sus combinaciones y obligándole á someterse.

La Vega Real quedó muy pronto sujeta. Como era una llanura inmensa, sin una sola aspereza ni promontorio, la recorrían fácilmente los caballos, cuya presencia llenaba de terror las más populosas ciudades. Guarionex, el cacique soberano, era de apacible carácter; y aunque había salido al campo, instigado por los caudillos vecinos, se sometió dócilmente al dominio de los españoles. Manicacotex, el hermano de Caonabo, se vió también obligado á solicitar la paz; y como era cabeza de la liga, su ejemplo, fue seguido por los demás caciques. Solo Behechio, el cacique de Jaragua, cuñado de Caonabo, rehusó someterse. Sus dominios estaban distantes de Isabela, en el extremo occidental de la isla, alrededor de una profunda bahía y de la larga península llamada Cabo-Tiburón. Eran casi inaccesibles, y no habían aun sido visitados por los blancos. Se retiró á su territorio con su hermana, la bella Anacoana, mujer de Caonabo, á quien acogió fraternalmente en su desgracia. No tardó Anacoana en adquirir tanta influencia como el mismo cacique entre los súbditos de este, y tomó una parte bastante activa en los asuntos posteriores de la isla.

Obligado á tomar las armas por la confederación de los caciques, se revistió Colon de los derechos de conquistador, y procuró sacar de sus conquistas las mayores ventajas. Su deseo constante, era de enviar riquezas á España, para indemnizar á los soberanos de sus desembolsos, satisfacer las esperanzas públicas tan exaltadas, y sobre todo, acallar las calumnias de los que sabían que volvieron á España con el propósito de dar tristes informes de sus descubrimientos. Trató, pues, de sacar una pronta y abundante renta de la isla, y al efecto impuso graves tributos á las provincias sometidas. En las de la Vega, en Cibao y en toda la región de las minas, cada individuo de más de catorce años quedaba obligado á pagar por trimestre la medida de un cascabel flamenco, lleno de polvos de oro. Los caciques debían satisfacer sumas mucho mayores como tributo personal. Manicacotex, el hermano de Caonabo, quedó obligado individualmente á pagar cada tres meses media calabaza de oro, lo que ascendía á ciento cincuenta pesos. En los distritos lejanos de las minas y que no producían oro, cada individuo debía pagar una arroba de algodón por trimestre. Al entregar los individuos el tributo, se les daba por vía de recibo una medalla de cobre, que debían llevar colgada del cuello; quedando sujetos á prisión y castigo los que se hallaban sin este documento.

Las contribuciones y tributos impuestos de este modo eran durísimas para los naturales, que estaban acostumbrados á que les exigiesen sus caciques muy poco trabajo. Los caciques mismos hallaron aquella exacción intolerablemente gravosa. Guarionex, el soberano de la Vega Real, representó á Colon cuanta dificultad tenía en cumplir. Su fértil y rica llanura no producía oro, y aunque las montañas limítrofes estaban llenas de minas, y los arroyos y torrentes contenían polvos de oro que se trasportaban las arenas de los ríos, sus súbditos carecían de habilidad para cojerlo. En vista de estas circunstancias, prefería á pagar el tributo, cultivar con granos una extensión de tierra que atravesase de mar á mar la isla, bastante, dice Las-Casas, para proveer de trigo con cada cosecha á toda la Castilla por diez años.

Se rehusó su ofrecimiento. Sabía Colon que solo el oro podía satisfacer los codiciosos deseos escitados en España y popularizar sus empresas. Con todo, haciéndose cargo de la dificultad que se ofrecía á muchos indios para juntar la suma de oro que se les exigía, rebajó el tributo reduciéndolo á la mitad de un cascabel. Podría tal vez suministrar algún concepto poético; que las miserias de los pobres indios se midiesen así con los mismos juguetes que primero los fascinaron.

Para obligar al pago de los tributos y mantener sometida la isla, puso Colon sus fortalezas en estado de defensa, y erigió otras nuevas. A más de las de Isabela y de la de Santo Tomás en las montañas de Cibao, se levantaron las de la Magdalena en la Vega real á tres ó cuatro leguas del sitio donde se fundó después Santiago; la de Santa Catalina, cuyo local se ignora, y la de la Esperanza, en las márgenes del Yagua, en Cibao; siendo la más importante de todas la de la Concepción, en una de las más fértiles comarcas de la Vega, quince leguas al Oriente de la Magdalena, que dominaba todos los estensos y ricos señoríos de Guarionex.

Así se impuso á la isla el yugo de la servidumbre. Una desesperación profunda se apoderó de los naturales, cuando se vieron sujetos á un forzado trabajo en determinados y frecuentes períodos. Indolentes y flojos por naturaleza, no acostumbrados á ninguna especie de labor, criados en el ocio que les permitían su templado clima y fructíferas arboledas, hasta la muerte les parecía preferible á una existencia tan penosa. Sin vislumbrar un término al mal que tan repentinamente los había sobrecogido y á cuyo influjo no podían sobreponerse, perdieron hasta la esperanza de recobrar aquella vida independiente y sencilla tan grata á los moradores de los bosques. Nada quedaba ya de su feliz existencia anterior, nada más que los recuerdos. ¿Cuánto echaban de menos el agradable sueño á la sombra, el embeleso de la siesta, al lado del arroyo ó de la fuente, ó bajo las estendidas hojas del palmar; el canto, la danza y los juegos al declinar de la tarde, cuando los llamaba á gozar de sus sencillas diversiones el rudo tamboril indio! Tenían en vez de esto que seguir la cotidiana tarea hora por hora, con el dorso encorvado y la vista ansiosa por las márgenes de los ríos, cerniendo las arenas en busca de los granos de oro, que eran cada día más escasos, ó á trabajar en los campos abrasados por los rayos de un sol equinoccial, para alimentar á sus señores, ó producir el tributo que se les había impuesto. Si por casualidad se atrevían á recrearse aun con sus bailes nacionales, los cantares con que los acompañaban eran melancólicos y desgarradores. Hablaban de la felicidad de los tiempos pasados, de aquellos tiempos en que aun no les habían abrumado los blancos bajo el peso del dolor, la esclavitud y el trabajo; recitaban fingidas profecías de sus antepasados, anunciando la venida de los españoles, cubiertos de invulnerables vestimentas, con espadas capaces de dividir á un hombre de un tajo, bajo cuya servidumbre viviría su posteridad sujeta. Cantaban estos romances ó areytos con funeral cadencia, lamentando la pérdida de su libertad y su esclavitud trabajosa.

Se habían lisonjeado por algún tiempo con la idea de que la visita de los blancos sería de poca duración, y que estendiendo sus anchas velas, volverían otra vez los buques á llevarlos al cielo. En su sencillez les preguntaban muchas veces cuando pensaban volver á Turey. Y por fin los vieron arraigándose en la isla; vieron sus buques anclados y pudriéndose en el puerto, y repartidas las tripulaciones por los contornos, levantando casas y fortalezas, cuya sólida construcción, tan diferente de la de sus humildes chacras, indicaba una residencia perpetua.

Viendo que les era imposible librarse por la fuerza de las armas de aquellos invencibles intrusos, idearon para molestarlos un medio desesperado. Sabiendo que afligía á la colonia una terrible carestía, que los españoles no contaban con más provisiones que con las que ellos les daban, hallándose en el mismo caso las fortalezas del interior y los españoles desparramados por las ciudades, se convinieron en no cultivar los frutos, maíz y raíces que formaban sus principales artículos de manutención, y en destruir los que ya estaban creciendo, para de este modo producir una hambre tal, que echase á los extranjeros de la isla. No conociendo, dice Las-Casas, la propiedad de los españoles, los cuales cuanto más hambrientos, tanto mayor tesoro tienen, y más duros son de sufrir y para sufrir. Llevaron casi todos su plan á cabo, abandonando las habitaciones, devastando los campos y arboledas, y retirándose á las montañas, donde había abundancia de raíces y yerbas para su subsistencia, á más de una especie de conejos llamados utías.

Esta medida produjo en efecto mucha miseria entre los españoles, quienes, sin embargo, tenían recursos del extranjero y podían soportarla, economizando las provisiones que de cuando en cuando traían sus buques. Los más desastrosos efectos recayeron de consiguiente sobre los mismos naturales. Viendo los españoles que guardaban las varias fortalezas, que no solo no había esperanza de tributo, sino que estaban en peligro de perecer de hambre por efecto de aquella bárbara tala y deserción repentina, persiguieron á los indios y les obligaron á trabajar de nuevo. Los que podían evadirse se guarecían en las más estériles y áridas alturas; huyendo de guarida en guarida, las mujeres con sus hijos en brazos ó á la espalda, y todos desfallecidos de hambre y de cansancio y en incitante alarma. Les asustaban hasta los rumores de la selva ó la montaña como si oyesen los pasos de sus perseguidores; se ocultaban en húmedas y tristes cavernas; ó en anegadizas playas, ó en las márgenes de los torrentes; y no osando cazar ni pescar, ni aun aventurarse á salir en busca de raíces y yerbas, tenían que satisfacer su hambre con alimentos insalubres. Así perecieron millares de ellos de hambre, de terror, de fatiga y de las varias enfermedades contagiosas que los padecimientos engendran. Al fin concluyó todo espíritu de oposición. Los indios que quedaron, se vieron obligados á volver á sus habitaciones; y quedaron unidos humildemente al yugo. Tan profundo terror les inspiraron sus conquistadores, que se dice que podía ir un español solo por toda la isla, consiguiendo que los mismos indios le llevasen á cuevas de un lugar á otro.

No será inoportuno, antes de pasar á otros sucesos, dar aquí noticia del destino de Guacanagarí, de quien no se vuelve á tratar en esta historia. La amistad que profesaba á los españoles, le enagenó la de todos sus compatriotas, sin librarle de los males comunes de la isla. Quedaron sus dominios, como los de los otros caciques, sujetos á un tributo, que su gente con la general repugnancia al trabajo podía difícilmente satisfacer. Colon, que conocía su mérito y hubiera podido protegerlo, estuvo ausente mucho tiempo, ya en el interior de la isla, ya sufriendo también injusticias en Europa. En los intervalos olvidaron los españoles la hospitalidad y servicios de Guacanagarí, y le exigieron también el tributo. Se vió, pues, cargado del oprobio de sus compatriotas, y asediado por los clamores y lamentos de sus súbditos. Los extranjeros á quienes había socorrido en el infortunio, y acogido en el seno de su isla natal, se habían convertido en sus opresores y tiranos. La zozobra, el trabajo, la pobreza y la opresión, habían emponzoñado aquel suelo, y Guacanagarí se consi-